

ALFREDO
BRYCE
ECHENIQUE

MAGDALENA PERUANA
Y OTROS CUENTOS



Este libro está compuesto de los doce cuentos siguientes: Anorexia y tijaerita, En ausencia de los dioses, Una carta a Martín Romaña, El gordo más incómodo del mundo, El Papa Guido Sin Número, A veces te quiero como siempre, Apples, El breve retorno de Florence, Este otoño, Desorden en la casita, Una tajada de vida, Cómo y por qué odié los libros para niños, y Magdalena peruana, cuento cuyo título da nombre al conjunto de relatos y que, en cierto modo, es un homenaje que Bryce Echenique le rinde a Marcel Proust, como el lector descubrirá en estas páginas.

*Mi agradecimiento más sincero a Maruja y
Ramón Vidal Teixidor, Ivonne y Carlos Barral,
Marisa y José Villaescusa, y Alfredo García
Francés, por cuya extraordinaria bondad este
libro y yo hemos sido posibles.*

ANOREXIA Y TIJERITA

«Menos mal que siempre viene luego la noche para poner las cosas en su sitio».

RAFAEL CONTE

*A Ana María Dueñas y
Michael Delmotte*

No era, ni había pretendido ser, lo que se llama precisamente un hombre con escrúpulos, y mucho menos cuando las cosas le salían bien. Y las cosas le habían estado saliendo muy bien, hasta lo del maldito caso Scamarone, o sea que se había convertido en un hombre totalmente desprovisto de escrúpulos. Esta idea, esta conclusión, más bien, ya no le gustó tanto a Joaquín Bermejo, por lo que dejó de jabonarse el brazo derecho, empezó con el izquierdo, y una vez más constató fastidiado que el hombre se enfrenta con su almohada, de noche, o con el espejo, cada mañana cuando se afeita, mientras que él era una especie de excepción a la regla porque siempre se enfrentaba con sus cosas bajo el sonoro chorro de la ducha.

Maldijo a Raquelita, entonces, porque ella y su anorexia como que dormían demasiado cerca para que él se atreviera a confiarle secreto alguno a su almohada, y porque *flaca, fané, y descangallada*, purita anorexia ya, Raquelita y su detestable y exasperante anorexia eran muy capaces de meterse distraídas al baño, muy capaces de sorprenderlo mientras él andaba afeitándole algún trapo sucio al espejo.

Pero cuando soltó lo de enferma de mierda, hija de tu padre y de tu madre, pensar que todavía tengo que meter tu polvo de vez en cuando, entre pellejo y huesos, cuando ideas y constataciones se le enredaron con los peores insultos, fue en el instante en que hasta ayer ministro de Trabajo y Obras Públicas, con chófer, carrazo, guardaespaldas y patrulleros cuidándole la casa, de pronto se sintió abyectamente solo, en pelotas y solo, ex ministro calato y solo y completamente distinto al común de los mortales porque el común de los mortales se enfrenta con su almohada o el espejo y en cambio yo, nadie más que yo, nadie que yo sepa, en todo caso, termina usando el chorro de la ducha de almohada o espejo.

Por último dijo la puta que los parió, pero esto fue al pensar en el caso Scamarone y en que su partido en las próximas elecciones, cero, o sea que nunca más volvería a ser ministro de nada ni el Señor Ministro ni a sentirse Ministro ni el Señor Ministro ni nada. La puta que los parió.

Abrió al máximo los caños de agua caliente y fría y se vio regresando ex ministro a su estudio de abogado y con las elecciones tan perdidas dentro de dos meses que nuevamente se vio regresando ex ministro al estudio pero su desagrado fue mucho mayor esta vez por lo de las elecciones y porque tenía momentos así en que lo del caso Scamarone realmente le preocupaba. Nuevamente era abogado, un abogado más, y en un par de meses su partido iba a estar tan lejos del poder que él sí que ya no podría estar más lejos del poder. La puta que los parió. Como si nunca

hubiese estado en el poder y encima de todo lo del caso Scamarone.

Empezó a jabonarse la pierna derecha pensando que en tres años de ministro tal vez no había sacado una tajada tan grande como la que pudo. ¿O sí? En el fondo, sí, aunque si la Prensa amarilla no lo hubiese asustado con esos titulares en primera página tal vez habría podido sacarle mejor partido a... Al caso Scamarone, como le llama la Prensa amarilla. Trasladó ambas manos y el jabón a la pierna derecha. La puta que los parió. Seguían con lo del caso Scamarone, ¿cuándo se iban a hartar?, ¿cuándo encontrarán algo mejor?, ¿cuándo me dejarán en paz...? Son capaces de seguir... Son muy capaces de seguir y el próximo Gobierno... Joaquín Bermejo soltó otro la puta que los parió y empezó a enjuagarse con el próximo Gobierno...

O sea que ni hablar del viaje a Europa con Vicky. Ni hablar del encuentro en México y la semana en Acapulco para luego seguir juntos por toda Europa y así nadie se enterará. *EX MINISTRO BERMEJO SE FUGA*. Lo estaba viendo, lo estaba leyendo, o sea que ni hablar del viaje. El amargón que se iba a pegar Vicky. Bueno, la calmaría con un regalo, explicándole entre besos que por el momento era imposible, ten en cuenta, Vicky, son sólo unos mesecitos, deja que se enfríe el asunto, por favor ten en cuenta. Al final la calmaría entre besos, pero entre esos besos se encontraría con los ojitos socarrones, penetrantes, una miradita de Vicky a su ex ministro, ¿tan asustado te tienen, Joaquín...? La muy hija de...

En cambio Raquelita se tragaría sus explicaciones, apenas tendría que explicarle, apenas inventarle algún pretexto para postergar ese largo y urgente viaje de negocios. Raquelita se lo tragaría todo con la misma facilidad con que se tragaba siempre todo, todo menos los tres melocotones de su anorexia. Tampoco tendría que hacerle un regalote, tampoco lo llamaba Joaquín entre besos, Raquelita llamándolo Joaquín entre besos, qué horror, por Dios...

Ahí sí que Joaquín Bermejo, cerrando ambos caños con violencia, soltó íntegro: La muy hija de la gran pepa. Y se quemó porque terminó de cerrar antes el agua fría, me cago. Se había quemado sólo porque ya no era ministro, no, no sólo por eso, también se había quemado porque la muy hija de la gran pepa de la Raquelita ni siquiera sabía lo que era la Prensa amarilla, y también se había quemado, además de todo, porque su raquílica esposa, la madre de sus tres hijos, la heredera y dueña de todo lo que tenían hasta que él llegó a ministro, la del apellidote, Raquelita y su anorexia, en fin, de haber sabido que existía la Prensa amarilla, ¿qué habría dicho? Joaquín Bermejo la oyó decir es gente de la ínfima, Joaquín, mientras de un solo tirón abría la cortina de la ducha para descubrirse menos ministro que nunca y en un baño que era como si le hubieran cambiado de baño...

La corbata. Los chicos ya se habían ido al colegio, y, en el comedor, como siempre, aunque ahora sin patrulleros en la puerta, Raquelita (una taza de café, ni una gota de leche, y el melocotón de la anorexia), Raquelita y su primer desayuno sin el chófer del Ministerio esperándole afuera. Era verdad, ya alguien se lo había dicho, medio en broma medio en serio, vas a extrañar el poder, Joaquín, y era verdad. Por ejemplo, al cabo de tres años, no bien terminara las tostadas, el jugo de naranja, y el café con leche, tendría que cambiar de dirección, pasar por la repostería, decirle al mayordomo que le abriera la puerta del garaje y sacar su automóvil. Se incorporó, le importó un pepino dejar a Raquelita luchando con su melocotón, no le dio el beso de las mañanas, ya llamaré si no puedo venir a almorzar, y se puso el saco. Joaquín, le dijo, de pronto, Raquelita. Se detuvo y volteó a mirarla: ¿Qué?

—Que ya no eres ministro, Joaquín. Que a los chicos les encantará verte a la hora del almuerzo.

Joaquín repitió íntegro y exacto el movimiento: volvió a ponerse el saco completamente, y no le quedó más reme-

dio que abrochase un botón más como parte final del diálogo con Raquelita luchando con su melocotón. Ella había vuelto a bajar la mirada, a concentrarse en su melocotón. Con cuánta finura lo hacía y lo decía todo en esta vida Raquelita, la muy... la muy nada.

—Volveré a tiempo para almorzar con los chicos. Promesa de ministro, Raquelita.

El automóvil. *Que ya no eres ministro, Joaquín. Que a los chicos les encantará verte a la hora del almuerzo.* Raquelita lo había desarmado completamente. ¿Cómo y por qué lo había desarmado tanto Raquelita? En primer lugar, se respondió Joaquín, dejando avanzar lentamente el automóvil hacia el centro de Lima, si hay una persona en el mundo a la que le resbala por completo que yo haya dejado de ser ministro, esa persona es Raquelita. Claro, su padre fue ministro cinco veces, media familia suya ha sido ministro cinco veces, mas presidentes, virreyes y hasta un fundador de la ciudad de Lima cinco veces, si eso fuera posible. Y en segundo lugar, o sea en primero para Raquelita, porque me quiere por lo que soy. Joaquín recordó la escena, visitó sin ganas la noche completa de verano y el jardín para decir eso en que le dijo que quería casarse con ella.

Había traído su flamante diploma de abogado.

—¿Me quieres como soy, Raquelita?

—Más, mucho más que eso, Joaquín. Te quiero por lo que eres.

Un semáforo. *Ex ministro se fuga de su casa. Ex ministro abandona esposa e hijos. Implicado en caso Scamarone se fuga con su amante.* La que se puede armar. La que se va a armar si el próximo Gobierno realmente decide investigar. Él, nada menos que él, convertido en chivo expiatorio, en objeto predilecto de los ataques y burlas de la Prensa amarilla. *Ex ministro Bermejo metido hasta las narices...* ¿Qué estarían pensando sus cuatro socios en el estudio?

Luz verde y Raquelita diciendo es gente de la ínfima, explicándoles a los chicos que los de esos periódicos, los de

esas revistas y los del nuevo Gobierno, en fin, que todos eran gente de la ínfima. ¿Por qué no había besado a Raquelita antes de partir? ¿Por qué no le di el beso del desayuno? Joaquín Bermejo se llenó de preguntas y de rapidísimas respuestas. La había querido muchísimo, la quería siempre muchísimo, Vicky terminaría dejándolo plantado, metido hasta el cogote en el caso Scamarone. Raquelita, en cambio, jamás, cómo lo iba a abandonar por cosas de gente de la ínfima. ¿Y los chicos, Raquelita? ¿Cómo les explicamos a los chicos? Luz roja. Los chicos, Joaquín, saben perfectamente que son cosas de gente de la ínfima.

Luz verde. Gracias a Raquelita no pasaría absolutamente nada y él siempre podría decirles a los chicos todo lo que tienen en la vida se lo deben a su padre, muchachos, aprendan de mí, puro pulso, muchachos, pulso y cráneo, nada más que cráneo y mucho pulso, aprendan eso de su padre.

Llegó al estudio con la imperiosa necesidad de decirles a sus hijos que todo había sido a punta de pulso y cráneo, mucho cráneo, y muchísimo pulso, muchachos. Increíble: ni cuenta se había dado, había entrado en su despacho saludando apenas a las secretarias, apenas un hola a los practicantes del ex ministro no quedaba más que la Prensa amarilla y un poco de caso Scamarone. Lo primero que hizo fue marcar el número, besar a Raquelita por teléfono y pedirle que les dijera a los chicos que llegaría a tiempo para almorzar con ellos, contigo también Raquelita. Y terminó preguntándole si había terminado ya el melocotón de su desayuno. Eso dijo, sí: el melocotón de tu desayuno y no el melocotón del desayuno de tu anorexia. Y no sintió ganas de matarla cuando ella le respondió que no. Increíble.

Sí, increíble, y algo horrible, de golpe, también ahora, pero tuvo que contestar porque la secretaria le estaba anunciando la llamada de la señorita Vicky con acentito.

—Joaqui, ¿ya leíste *La Verdad*?

—Hasta cuándo te voy a repetir que yo no leo esos pasquines, Vicky.

—Pero aquí tu chinita linda se los lee enteritos, Joaquí.

—Te llamo a eso de las ocho y media, Vicky. El presidente me ha citado a las siete. Te llamo esta noche al salir de palacio.

Le diría que la cita en palacio duró hasta las mil y quinientas, cuando ella lo volviera a llamar, mañana por la mañana. Porque hoy quería un día diferente, porque lo que realmente necesitaba hoy era sentirse en una noche como aquella del jardín, en esa misma noche con su jardín y ese verano, sentirse en todo momento en aquella noche lejanísima del jardín irrepetible...

—¿Me quieres como soy, Raquelita?

—Mucho más que eso, Joaquín. Te quiero por lo que eres.

Pidió que no le pasaran más llamadas que las de palacio. Las de palacio y las de mi esposa, agregó, con las justas, porque ya estaban ahí, porque ya nada podría detenerlos, porque qué ministro no había robado pero sólo a él le había caído lo del caso Scamarone... ¿Para qué, si no, lo había citado el presidente en palacio...? Y ahora ya estaban ahí y era tan feroz el relampaguear de las cámaras fotográficas como su necesidad de confesar por fin el peor de sus delitos. *¡EX MINISTRO TAMBIÉN PLANEABA ASESINAR A ESPOSA! ¡TODO SUCEDIÓ EN LA DUCHA! ¡TIJERITA DE ORO IMPIDE QUE EX MINISTRO MATE A ESPOSA!*

Sollozando, con la cabeza siempre entre los brazos, aunque ya algo más tranquilo, Joaquín Bermejo continuaba preguntándose qué había sido antes, si el huevo o la gallina. Cronológicamente, casi todo estaba en orden. Y sin embargo... Bueno, braguetazo o no, él también pertenecía a una buena familia y se había casado muy enamorado y con la enorme suerte de que Raquelita, además de todo,

perteneciera a una excelente y riquísima familia, cosa que siempre había deseado pero que poco o nada tuvo que ver con que se hubiera casado por amor y con suerte, como en lo del huevo y la gallina. Y así nacieron Carlos, Germancito, y Dianita, fruto del amor que lo unía a Raquelita y fruto del amor que lo había unido a Raquelita, como todo en esta vida, por lo del huevo y la gallina. Que a su suegro le debiera los doce mejores clientes del estudio era algo tan lógico y natural como lo del huevo y la gallina. Y lo mismo habría que decir de la casa que heredó del huevo y la gallina, porque fue el regalo de bodas de su suegro y de su suegra. Pero, entonces, ¿qué vino antes: la anorexia de Raquelita o el culo que era Vicky? Entonces, se respondió Joaquín Bermejo, rebuscando sinceridad en lo más hondo de su ser, entonces vino lo del huevo y la gallina...

... Mucho más fácil le resultó establecer el orden de lo que vino después y una tras otra fue recordando sus escapadas de amor con Vicky, sus constantes mensajes del Ministerio a su casa, señorita por favor pregunte por la señora Raquelita, señorita, por favor llame a mi casa y avísele a mi esposa que una reunión esta noche... Y Vicky en la otra línea, Vicky exigiéndole cada día más en la otra línea, bueno, la verdad es que mejor no le podían estar saliendo las cosas desde que llegó al Ministerio, y qué mejor recompensa que el tremendo culo que era Vicky, al Ministerio sí que había llegado por sus propios méritos, y qué más podía desear Raquelita que un hombre que era el orgullo de sus hijos, ahora sí que podía decirles a puro pulso y puro cráneo, muchachos, sí, ahora sí que sí... Aunque claro, lo de la recompensa no se lo entenderían, jamás comprenderían que él necesitaba al menos eso contra Raquelita, porque su madre, muchachos, cómo explicarles... Bueno, pero a qué santos tanta explicación, quién era él para tener que andar rindiéndole cuentas a sus hijos, no había llegado a ministro para ponerse a pensar en lo del huevo y la gallina. O sea que esta noche él con Vicky en su *suite* del «Crillón» y ellos

en casita y acompañando a mamacita con el melocotón de su anorexia, la muy...

Sí, la muy digna hija de su padre y de su madre, porque no sólo había que ser anoréxica sino caída del palto, además, para creer que con una tijeira podía sentirse segura en una ciudad como Lima. ¿Te imaginas una cojudez igual, Vicky...?

—¿Un *bechito*, mi ministrito?

... Primero fue la locura de la anorexia y uno de estos días se muere de puro flaca. Y ahora, de golpe, me sale con la vaina esta increíble de la tijeira, además. Como para que uno de estos días me la maten de puro cojuda...

—¿Otro *bechito*, mi amosshito?

... Realmente hay que ser caída del palto, además de loca, para andarse creyendo que en Lima, hoy, nada menos que hoy en Lima y tal como están las cosas... Imagínate, Vicky, yo que le tengo la casa rodeada de patrulleros y ella confiando en una tijeira de uñas para protegerse...

—*Bechito bechito*...

... Que si la tijeira es de oro, que si es de un millón de quilates, que si con ella se cortó las uñas la virreina, que si su bisabuela y su abuelita, después, que si su mamá se la regaló porque es una joya de familia, en fin. Pero ahí recién empieza la cosa, porque además resulta que algo muy profundo, algo en lo más hondo de su ser le anda diciendo ahora que si alguien se mete con ella en esta ciudad plagada de gente de la ínfima...

—¿Gente de la qué, Joaquí?

—De la ínfima mi amor...

—¿Y eso cómo se come, mi amossizzto?

—Eso pregúntaselo a ella, que a cada rato usa la bendita palabra...

—O *chea* que la muy cojuda se cree la divina pomada...

—Lo que la muy cojuda se cree no es cosa que te incumba Vicky...

—¿*Che* amargó, mi amosshito? ¿*Che* me va?

—No pienso moverme de aquí esta noche, Vicky. Que eso, al menos, quede bien claro de una vez por todas. Lo demás es la historia del huevo y la gallina y no tengo por qué explicársela ni a mis hijos ni a ti ni a nadie...

—Se puso muy *cherio* mi ministrito...

—Nada de eso, Vicky, palabra de hombre, de hombre y de ministro. Lo que pasa es que la muy idiota se cree invulnerable con su tijerita. Es como si sólo creyera en Dios y en su tijerita, y se mete sola por todas partes, cuando yo le tengo terminantemente prohibido salir sin el chófer y un patrullero para que los siga... Pero ésta es capaz de creerse que Dios le ha puesto esta tijerita entre las manos... Nada menos que la tijerita de su familia entre sus manos... Esta cretina es capaz de creerse que Dios...

—Nos la matan y nos vamos pa' Acapulco, mi *amosshito*.

—De la madre de mis hijos me encargo yo, Vicky. Que eso también quede bien claro de una vez por todas...

Las noches de amor con *Amosshito* siguieron, semana y semana, meses y meses, y pronto serían tres años y Vicky cada vez le exigía más y el caso Scamarone acababa de estallar y a Raquelita no la habían matado ni los tres melocotones de su anorexia ni el andar metiéndose sola por todas partes con la imbecilidad esa de Dios y su tijerita. Como si con Dios, su anorexia, y una tijerita de oro, formaran un escuadrón indestructible. Como si entre su fe en Dios y lo de ser gente decente, gente de lo mejor, y vete tú a saber qué vainas más de éstas... Increíble... Más loca no podía estar la muy cretina... Como si por su linda cara, sus tres melocotones al día, y una tijerita heredada de un fundador de la ciudad de Lima, además, novedad con la cual le salió una tarde, la muy anoréxica, se hubiera convertido en el enemigo mortal, nada menos que en el terror de la ínfima.

El terror de la ínfima, se repitió una mañana Joaquín Bermejo, abriendo al máximo los caños de agua caliente y fría. Bien encerrado en su baño, bien protegido por la cortina de la ducha, necesitaba sin embargo que el chorro de agua sonara como nunca para continuar sin peligro el deleite de andar pensando esas cosas tan inesperadas como incontenibles. El terror de la ínfima, se repetía una y otra vez y sonriente y feliz, como si de pronto hubiera encontrado la solución definitiva al problema más viejo y complicado de su vida. ¿Podría contarle a Vicky lo que se le estaba ocurriendo? ¿Contarle que, en vez de una escapada a México y Europa, podrían seguir juntos el resto de la vida, casarnos, Vicky? No lo sabía, pero continuaba gozando bajo el chorro de la ducha, cantaba mientras Raquelita completamente Raquelita, caminaba tranquilísima por una oscura calle limeña, una calle que él sólo lograba identificar por la muerte de Raquelita al llegar a la esquina. Ahí, en esa esquina, su visión de los hechos, Raquelitá sacando su tizerita de la cartera y un negro hampón, inmenso, tranquilo, pagado y preparado, ahí su visión de los hechos era muy rápida pero muy precisa, tan rápida y precisa como la eficacia y la rapidez del inmenso negro huyendo absolutamente profesional... Era sólo cuestión de pensarlo todo hasta el último detalle... Un negro como ése sería facilísimo de conseguir... Lima estaba plagada de negros como ése y Lima estaba plagada de ministros como él...

Fueron los duchazos más felices en la vida de Joaquín Bermejo, y a menudo gozaba diciéndose que, de haber sido un tipo de esos que se ducha sólo una vez a la semana, ya se habría convertido en un tipo que se pasa el día en la ducha. Cerraba la cortina, abría los dos caños, y a cantar se dijo mientras iba dejando ultimado hasta el más mínimo detalle. No había tiempo que perder: con lo del caso Scarmarone era posible que tuviera que renunciar al Ministerio y Vicky y cada día le exigía más y él quería darle todo y de todo porque le salía del forro de los cojones, carajo: Raque-

lita era ya cadáver junto a un charco de sangre y hasta la tijerita de oro había desaparecido, qué tal negro pa'conche-sumadre, alzó hasta con la tijerita.

Joaquín Bermejo no sabía por qué nunca se acordaba de contarle sus planes a Vicky. Tampoco sabía por qué éstos desaparecían no bien empezaba a cerrar los caños de la ducha. ¿Tenía eso algo que ver con lo de la almohada y el espejo? Fastidiado, constató una vez más que el hombre se enfrenta con su almohada, de noche, o con el espejo, cada mañana cuando se afeita, mientras que él era una especie de excepción a la regla porque siempre se enfrentaba con sus cosas bajo el sonoro chorro de la ducha.

Y fue así como una mañana, bajo el chorro de la ducha, Joaquín Bermejo decidió dejarse de aguas tibias, y empezó a cerrar el caño de agua caliente mientras le iba contando a Vicky que un negro inmenso le había enfriado a Raquelita de un sólo navajazo y ahora todos vamos a descansar en paz. Vicky se quedó fría con la noticia pero él nada de abrir el caño de agua caliente porque durante varias semanas tendremos que actuar así, yo, al menos, tendré que actuar con la más calculada frialdad. Joaquín Bermejo se mantuvo firme bajo el chorro de agua fría mientras le explicaba que, en cambio, lo mejor era que ella se hiciera humo hasta que él la volviera a llamar. Eso será cuando todo haya vuelto a la normalidad, Vicky, le dijo, mientras iba cerrando el agua fría y abriendo hasta quemarse el agua caliente para que Vicky pudiera hacerse humo...

El pellejo que duerme a mi lado es inmortal, se dijo, aterrado y hasta respetuoso, Joaquín Bermejo, abriendo rapidísimo, al máximo los caños de agua caliente y fría, la mañana atroz en que supo lo que era despertarse de dos sueños al mismo tiempo. No se explicaba cómo había podido pasarse días y días acariciando la idea de ver a su esposa asesinada. Inmortal de mierda, añadió, porque acababa de saltar de la cama en el instante en que Raquelita, completamente Raquelita, pero completamente Raquelita